

Jutta Richter

# Yo aquí sólo soy el perro

Ilustraciones de Hildegard Müller

Lóquez

J-Spa FIC R  
Richter, Jutta, 1955-  
Yo aqu slo soy el perro

WITHDRAWN

May be sold for the benefit of  
The Branch Libraries of The New York Public Library  
or donated to other public service organizations.

Jutta Richter

Yo aquí  
sólo soy  
el perro

Jutta Richter

# Yo aquí sólo soy el perro

Colección dirigida por Maribel G. Martínez

Cubierta: Hildegard Müller

Ilustraciones de Hildegard Müller

Traducido del alemán por

L. Rodríguez López

© 2011 Carl Hanser Verlag München  
© Para España: Lóguez Ediciones 2012  
Ctra. de Madrid, 128. Apdo. 1. Teléf. 923 138 541  
37900 Santa María de Tormes (Salamanca)  
[www.loguezediciones.es](http://www.loguezediciones.es)  
ISBN: 978-84-96646-80-3  
Depósito legal: S.223-2012  
Gráficas Varona, S.A.



Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,  
ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de  
información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico,  
fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o  
cuquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

Papel ecológico

Lóguez

Capítulo primero,

en el que yo, inicialmente, estoy a gusto  
tomando el sol





Qué día de otoño.  
Qué condenadamente bello día de otoño.  
Tiempo para perros,  
auténtico día para perros.  
Sol, cálido como la leche materna.  
Cálido como lamerse la barriga.  
Y harto de comer.  
Harto de beber.  
Harto de cazar.  
Esta vez, casi la habría atrapado, a la liebre.  
No faltó mucho.  
Si no hubiera sido por la obligación.  
Me distrajo una décima de segundo.  
Pero así son ellos.  
Siempre, cuando estoy cerca del objetivo,  
llega el silbido.  
Se han hecho con un silbato para perros.  
¡Tremendo!  
Atraviesa patas y tuétano.  
En realidad, me llamo Brendon, pero ellos  
me llaman Anton.  
Me han rebautizado, dicen.  
Es más fácil gritar Anton que Brendon.  
Las palabras no les fluyen fácilmente  
entre los labios.



Y, posiblemente por eso, necesitan también  
el silbato para perros.

Definitivamente, les falta elegancia y  
mundo.

Quizá tenga que ver con que  
su lengua es más corta que la mía.

¿Me permiten que me presente?  
Mi nombre es Brendon y procedo de  
Hungria.

Vieja ascendencia de perros pastores.  
Mis hermanos se llaman Bela, Bratko y Bence.  
Los he perdido de vista.  
Con nosotros, los perros, sucede así.

Nos perdimos de vista, se nos separa con un  
par de semanas de vida,  
nos asignan un nuevo  
hogar,  
nuevos dueños, nuevo entorno,  
nuevos olores.

No nos resulta fácil  
acostumbrarnos de nuevo,  
pero somos inteligentes, aprendemos a  
adaptarnos y, si todo marcha bien,  
nos hacemos rápidamente con el mejor sitio  
en el nuevo hogar.

Y de eso se trata. Tienes que ocupar los  
mejores sitios  
si quieres tener una buena vida.

Ahora el mejor sitio es el banco del jardín, al  
lado de la puerta de la casa.

Un cojín suave, algo de sombra, algo de  
sol.

Hoy ni siquiera las moscas molestan.

Una ligera corriente de aire acerca un aroma de  
asado a mi nariz y puedo soñar medio dormido.  
Con Hungria, con la Puszta, con los rebaños.  
Nosotros teníamos rebaños, eran tan grandes  
que se necesitaban seis perros pastores para  
custodiarlos.

Vacas cuernilargas de la estepa, cerdos mangalica  
y ovejas de Valaquia.

Mis preferidas eran las ovejas de Valaquia.  
Tienen cuernos de sacacorchos y expresión  
seria.

Parecen sabias e inteligentes, pero eso confunde  
porque, después de todo, son torpes  
como todas las ovejas

y estarían perdidas sin perro pastor.

Mi tío Ferenc era el mejor.

Salvó a más de una oveja.

Incluso se enfrentaba a los chacales dorados y  
salía vencedor contra cualquier gato montés...  
¡Ah, la vida es maravillosa!

Un suave cojín, algo de sol, algo de  
sombra,

que, de pronto, se agranda y oscurece y...  
¡Ay!

¡Nuevamente se ha acercado silenciosa!  
Lo hace todas las veces.  
Se acerca sigilosa, salta  
y, en el aire, saca las uñas.  
Un dolor y me siento marear.  
No hay sitio preferido que merezca ese dolor.  
No lo puedo entender.  
En definitiva, yo estaba aquí primero;  
en definitiva, son *mis* mejores sitios.  
¿Por qué diablos acogieron a esta gata?  
¿Por qué?  
Yo fui amable, quería saludarla,  
olerla, lamerla.  
Así se hace entre nosotros, en Hungría,  
se saluda al nuevo compañero.  
Hay que ser abierto,  
se comparte.  
¿Y qué hace ella?  
Pequeña como es, gruñe, me mira, bufa,  
incluso escupe.  
Y mueve el rabo,  
absolutamente amable.  
¿Qué debo pensar?  
Que quiere jugar, naturalmente.  
Yo muevo el rabo como respuesta.  
Ella levanta la pata. Yo la imito.  
Y entonces saca las uñas  
y las clava profundamente en mi nariz.

Sucedío tan rápido, dolío tanto...  
Chillé y hui debajo del sofá.  
Ella tenía una expresión satisfecha.  
Chupó mi sangre de su uña.  
Después saltó al sillón.  
A mi sillón, bien entendido,  
a mi sitio,  
haciéndose un ovillo y durmiéndose.  
Desde entonces, hay guerra.  
Yo la evito.  
Ella me sigue sigilosamente.  
Es una guerra que nunca jamás  
ganaré.  
Ella es capaz de trepar a los áboles,  
saltar sobre el muro sin coger impulso.  
Allá donde yo estoy abajo, ella siempre está arriba.  
Y si ladro fuerte y bronco,  
llega mi gente y exclama:  
“¡Malo!” y “¡Fuera!” y “¡No!”.  
Y entonces ella baja la cabeza, pone  
expresión inocente, maúlla y ronronea.  
Y la acarician y compadecen.  
¡Es para echarse a llorar!  
La llaman Misi.  
Es negra y tiene ojos amarillos  
que brillan en la oscuridad.  
Por las noches, se pone sobre el muro y lanza  
unos gritos que parece que el mismísimo  
diablo está sentado en tu nuca.

Sin embargo, su griterío parece no molestarle  
a mi gente porque nadie le dice a Misi ni  
"¡mala!" ni "¡fuera!" ni "¡no!".  
Quizá porque ella maúlla cuando la  
llaman.  
Y ronronea frotándose contra sus piernas.

Mi tío Ferenc siempre nos ha advertido sobre  
los gatos.  
Decía que todos descienden de los gatos  
monteses y que los de color negro son los  
peores.

Se hacen grandes como panteras y, si no  
se les intimida a tiempo, terminan también  
desgarrando corderos.

Az okosabb enged, dice un dicho popular  
húngaro.

Az okosabb enged. El más inteligente, cede.  
No tengo elección, yo soy el más inteligente.

¡Oh, qué dolor!

¡Oh, qué derrota!

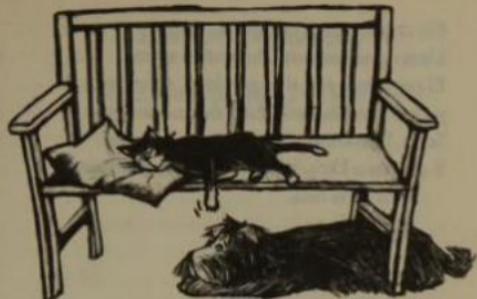
De nuevo, ella está arriba.

De nuevo, yo estoy abajo.

Se estira en mi banco del jardín.

En mi mejor sitio.

Hace como si durmiera;  
sin embargo, deja, como por casualidad,  
una pata colgando, bamboleándola sobre  
mis ojos y puedo ver cómo



saca lentamente sus uñas y, de nuevo  
también muy lentamente, las vuelve  
a recoger en su almohadilla.  
En nuestro país, Hungría, ningún gato casero  
lo intentaría.

En Hungría, todos los gatos saben dónde  
está su sitio; ya se ha ocupado  
tío Ferenc de ello:

en el granero, en la pradera,  
donde, durante horas, tienen que  
estar encogidos sobre la hierba  
para que, en algún momento,  
puedan tener finalmente un enclenque ratón  
entre sus garras.

En fin, las cosas aquí son distintas.

Aquí no hay ningún tío Ferenc.

Aquí yo me llamo Anton y tengo que  
valerme por mí mismo.

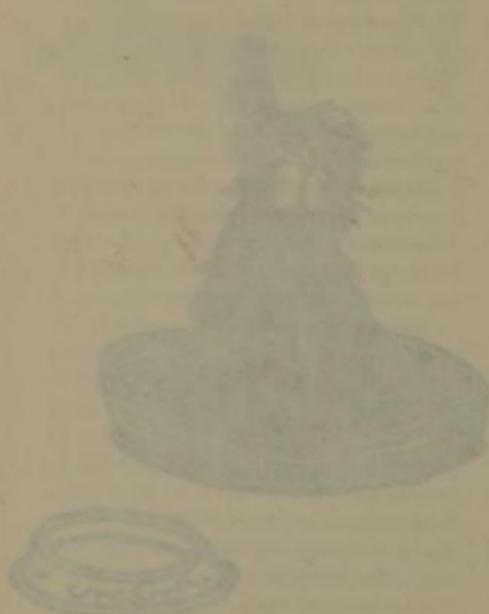
No es que quiera quejarme.  
Unas cosas con otras, he tenido suerte.  
El comedero está siempre lleno, agua fresca  
y, como recompensa, hay cortezas de cerdo.  
Secas, bien fritas, deliciosas.  
Y, gracias a Dios, también hay más y mejores  
sitios en la casa.



## Capítulo segundo,

en el que os presento a mi gente





Los nuevos dueños son amables.  
El señor se llama Friedbert.  
Y nos une el placer por caminar.  
Por muy mal tiempo que haga, camina conmigo  
por el bosque.

Naturalmente, él no es tan rápido como yo,  
debido a que  
camina solamente a dos patas  
y así no puede dar grandes  
saltos.

Para llamarle, se lleva con él  
ese silbato para perros  
y yo intento no oírlo.

Friedbert no entiende mucho de perros pastores.  
Nosotros hemos nacido para  
custodiar grandes rebaños.

Rebaños de vacas cuernilargas, rebaños de cerdos  
y, no por último, rebaños de ovejas.

Las ovejas arrancan la hierba,  
balan  
y son tontas.



No saben  
dónde queda el norte ni dónde el sur,  
estarían perdidas sin nosotros.  
La Puszta es el trozo de tierra  
más extenso del mundo.

Allí vive el chacal dorado, la comadreja de la  
estepa, allí vive el gato montés y también el  
perro mapache.

Allí, se puede correr todo recto durante días.

Allí no hay cercados, ninguna frontera,  
ningún bosque, ninguna casa.

Sólo grasiesta hierba verde  
y, a veces, un pozo en medio del campo  
y, si se tiene suerte, un viejo pajar  
que ofrece protección del viento y de la lluvia  
por la noche.

Pero allí el cielo es alto y azul,  
como un océano.

Nosotros vivimos fuera, con nuestros  
hocicos dirigidos al viento, olfateando  
el peligro

y, día y noche, damos vueltas alrededor del rebaño.  
Si una oveja se escapa del redil,  
la traemos de vuelta.

Y no nos detiene ningún silbato para perros.  
A eso, nosotros lo llamamos responsabilidad...  
Sin embargo, Friedbert lo llama desobediencia.  
Sabría de lo que soy capaz  
si me diera un rebaño de ovejas.  
Pero no lo hace.

Aquí no hay ninguna oveja de Valaquia.  
Y tampoco conocen al chacal dorado.  
Aquí, únicamente conocen a las liebres  
y a los patos.

Las liebres son demasiado rápidas para mí.  
Me gustaría reunirlas en un redil,  
pero corren en zigzag y se ocultan  
en la hierba.

El pueblo de las liebres no conoce el orden.  
Y no hablemos de los patos.  
Se reúnen en grandes grupos,  
son ruidosos y levantan el vuelo  
en cuanto me acerco.

Lo cual tiene que ver con el silbato, con Friedbert,  
no conmigo.

¿Cómo se pueden asumir así responsabilidades?  
¿Cómo se puede demostrar de lo que uno  
es capaz?

Otra vez:

*Az okosabb enged.* El más inteligente, cede.  
Yo soy el más inteligente, eso está claro.  
Y cuando Friedbert quiere,  
obedezco echándome a sus pies.

Entonces, a veces y como recompensa,  
hay cortezas de cerdo.  
Y yo hago casi todo por cortezas de cerdo.

Friedbert tiene una voz profunda y una lengua  
corta. Es el jefe de la manada.  
Si no hago lo que me dice, no hay  
cortezas de cerdo,  
me sujetan de las orejas y tira fuerte,  
ocasionándome por lo menos tanto dolor  
como las uñas de la gata en mi nariz.



Bueno...

Pero a los otros los tengo bajo control.  
Un ligero gemido, un alegre saludo con el rabo,  
un empujoncito con el hocico  
e inmediatamente hacen lo que quiero.

La jefa responde al nombre de Emily.

Tiene un buen corazón y una voz  
aguda.

Es la guardiana de las cazuelas en la cocina.  
Ella es la que abre mis latas,  
me pone agua y, por las noches,  
sus manos huelen a piel de pollo,  
a foie-gras y a jamón.  
Un ligero gemido, un alegre saludo con el rabo,  
un empujoncito con la nariz  
y me ofrece un exquisito bocado.

En secreto, naturalmente, porque Friedbert  
no valora los ricos bocados sin merecerlos.  
No puede saber lo que hace Emily  
porque, de lo contrario, también la estirará  
de las orejas.

No lo sé.

Solamente sé que tengo que estar sin moverme  
debajo de la mesa y a los pies de Emily.

Nosotros, los perros pastores húngaros, vivimos  
para cuatro cosas:

para las ovejas, las cortezas de cerdo,  
la piel de pollo y el foie-gras.

Y no nos movemos del lado de aquel  
que desprende su olor.

Al que huele así, a ése lo protejo durante  
toda una vida.



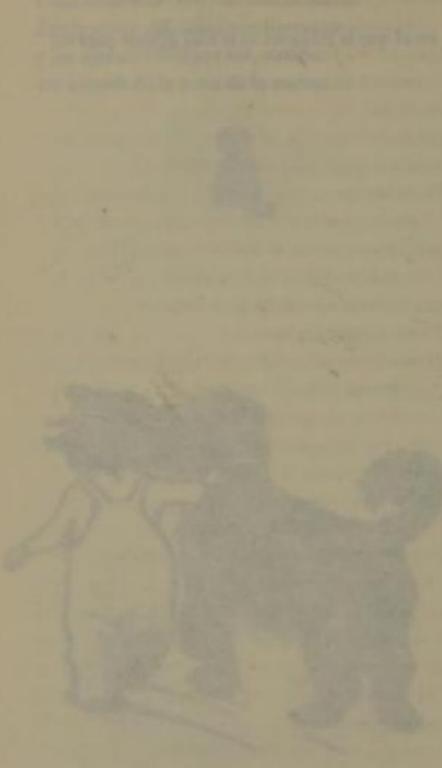
No es que quiera quejarme.  
Unas cosas con otras, he tenido suerte.  
Emily siente debilidad por los perros  
y los ojos de Friedbert no pueden  
ver a través de la mesa de la cocina.



### Capítulo tercero,

en el que la pequeña es la más grande para mí





¡Y ahora os hablaré de la pequeña!  
Ella es la estrella de mis ojos, mi rayo de sol,  
la alegría de mis días.

Cuando ella me llama Anton  
con su voz de campanillas,  
sueña casi como Brendon.

Ella es la única que sabe cómo  
rascarme la cabeza correctamente.  
Tiene manos suaves, ligeras.

Se deslizan por la piel como una lengua de perro.  
La pequeña apenas es más alta que yo.  
Sin embargo, puede berrrear como  
una verdadera cuernilarga sedienta y  
patalear como un toro  
y balar como una oveja y llorar  
como un chacal dorado.

Cuando ve a la gata, se pone a patalear  
y a balar y a berrear.

¡Y Misi huye de ella como del  
diablo!

En cuanto ve llegar a la pequeña,  
el gatuno animal abandona el mejor sitio  
y huye bajo el sofá,  
incluso bajo el armario de la cocina.  
Y allí se queda.

¡Amo a esta niña!  
Ella es mi compañera de juegos.  
Ella es mi camarada.

Los dos juntos, somos invencibles.  
¡Y qué bien huele!



¡A leche y chocolate! ¡Mmmmm!  
Comparte las galletas conmigo y  
los bocadillos de foie-gras, me da queso,  
que a ella no le gusta, y en ocasiones  
¡deja caer trozos de chocolate!  
Yo la he autorizado  
a beber de mi cuenco.  
Lo hace muy hábilmente.  
Casi creo que su lengua es más larga  
que la de los demás.  
Y algo más nos une:  
cuando sorbe mi agua,  
viene corriendo Emily y Friedbert  
y exclaman: "¡Mala!" y "¡Caca!".  
Cuando era más pequeña,  
dominaba a la perfección andar a  
cuatro patas.  
Era casi tan rápida como yo.

Pero le han quitado la costumbre de andar  
a cuatro patas,  
Ahora tiene que caminar erguida como los demás.  
Al principio, le resultó difícil  
y tropezaba, cayéndose con frecuencia.  
Yo le lamía las lágrimas y le  
prometía que cuidaría de ella.  
Ahora se sujetaba a mi collar cuando salímos a pasear.  
Resulta algo incómodo porque así  
no puedo acorralar a las liebres.  
Pero le da seguridad.  
Eso es lo más importante.  
Mi tío Ferenc decía  
que los pequeños son los más débiles  
de los rebaños y que cuidar de ellos  
es la obligación del perro pastor.  
Con las ovejas, es lo mismo  
que con las personas.

La pequeña vive casi siempre en el suelo,  
como yo.  
Lo que más le gusta es estar conmigo debajo de  
la mesa. Allí bebe siempre su leche por las noches.  
De una botella con una gran  
tetina de goma.  
La tetina es muy blanda.  
A veces, me deja chupar de ella.  
Entonces es casi como antes,  
cuando yo estaba a la teta de mi madre.  
Ya entonces se trataba de conseguir el mejor sitio.

Nosotros, los perros, nacemos ciegos  
y, a pesar de ello, sabemos exactamente  
dónde están esas tetas.  
Las olemos y aquel que ha conseguido la  
de la leche más abundante,  
ése crece más rápido, ése tiene todo  
para ser el jefe de la manada.  
La vida del perro es, desde el principio,  
una lucha.  
Tienes que empujar a los hermanos y  
tú mismo no puedes permitir que te empujen  
a un lado.  
Si has perdido el mejor sitio  
una vez,  
no es tan fácil volver a recuperarlo.  
El mejor sitio en el vientre de la madre,  
que está siempre en el medio.  
Los hermanos te dan calor por ambos lados  
y recibes la dulce leche  
que ahí fluye a borbotones.  
Yo lo supe inmediatamente.  
Bela y Bratko fueron más lentos y  
más débiles, sin hablar de Bence.  
Es un milagro que se haya  
convertido en un perro pastor  
porque cuando era pequeño  
siempre se quedaba apartado y gemía  
de hambre en sueños.  
Creo que Bence no conseguirá jamás ser jefe  
de manada, ya entonces lo supe.

La pequeña lo tiene fácil.  
No tiene que luchar con ningún hermano  
por el mejor sitio.  
La dulce leche es solamente para ella.  
Y, aun así, no estoy seguro  
de que sea una buena jefa de manada.  
Mi tío Ferenc decía  
que la lucha pertenece a la vida.  
El que no aprende a perder,  
tampoco aprende a ganar.  
Muchas veces nos contó la triste historia del pobre  
Mangalica, que vivía completamente solo como  
cerdo preferido de una princesa de la Puszta.  
Ella le alimentaba noche y día con ricos  
manjares, con leche y miel y pan de almendras.  
Y si el cerdito gruñía suavemente,  
le daba ricos pasteles.  
Así, año tras año. El cerdo  
se hizo grande, gordo y pesado y, un  
día, la princesa ya no lo encontró  
divertido.  
Se lo entregó a un porquero,  
que se lo llevó con su manada.  
El gordo Mangalica se rió a carcajadas  
al ver a los escuálidos familiares.  
"¿Qué clase de famélicos sois?  
¡Si uno no supiera que sois cerdos,  
os confundiría con corderos!".  
Los escuálidos familiares no dijeron nada.

Sin embargo, cuando esa noche llegó  
el chacal, olió la grasienta presa. Los  
cerdos gritaron apretándose a través del  
estrecho portón y se pusieron a salvo.  
El gordo Mangalica no estaba  
acostumbrado a correr.  
En definitiva, el chacal lo degolló  
y lo arrastró a su madriguera.  
Mi tío Ferenc decía que nosotros debemos  
tener en cuenta que  
los bien alimentados no siempre son los  
más fuertes.

A la pequeña no le puede pasar eso.  
Ella me tiene a mí.  
Yo soy su hermano.  
La enseño a correr y a  
luchar.  
Me preocupo de que no  
engorde.  
La mitad de sus galletas me pertenecen.  
Y si ella lo olvida,  
se las quito de la mano.  
Entonces se enfurece y lucha contra mí.  
Yo la pellizco, ella me pellizca.  
Rodamos por el suelo.  
Me tira de las orejas,  
yo le tiro de las mangas y de las perneras.  
Con cuidado, naturalmente.

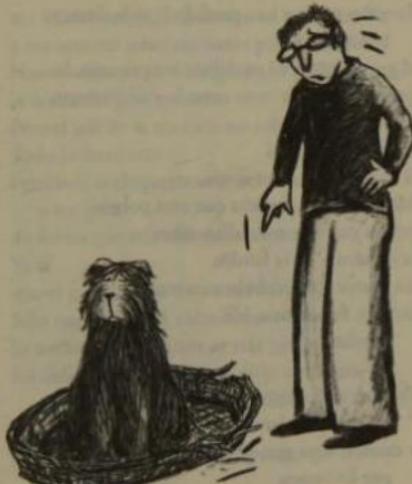
Sé que ella no tiene una piel capaz de protegerla.  
Sólo que Friedbert no sabe que yo lo sé.  
Siempre se entromete  
si luchamos el uno contra el otro.  
Gruñe "¡malo!" en voz alta en mi  
dirección y a la pequeña le dice:  
"¡Deja inmediatamente de molestar al perro!  
¡Terminará mordiéndote!".  
Pero la pequeña se ríe de él y  
exclama con su voz de campanillas:  
"¡Pues entonces yo también le morderé!".  
Así se hace, hermanita.  
Aprenderás cómo se lucha  
y se vence.

El mejor sitio para dormir de noche es la piel  
de cordero a los pies de la cama de Emily.  
Huele a mi tierra, la Puszta, y a  
oveja de Valaquia.  
Naturalmente, está terminantemente prohibido  
acostarse ahí, pues Friedbert no admite perros  
en el dormitorio.  
¡Quiere que yo duerma en el cesto para perros!  
¡En el cesto y en el pasillo!  
¡El muy ignorante!  
El cesto está hecho de mimbre.  
¿Has intentado alguna vez dormir en un  
cesto de mimbre?

No hay nada más incómodo que el mimbre,  
incluso es mejor dormir directamente sobre la tierra.  
Y, además, el cesto de mimbre es demasiado  
pequeño para mí.  
Me gusta dormir estirado.  
Me gusta estirarme.  
En el cestito para perros, tengo que  
hacerme un ovillo, como un gato,  
que es lo peor.  
Le he dejado claro a Friedbert  
lo que pienso  
de los cestos para perros.



Noche tras noche, muerdo las ramas de  
mimbre hasta romperlas  
y cada mañana tengo que soportar  
el griterío  
que hace Friedbert al ver el daño.  
Y que diga "malo".  
Y tiene razón: no conozco nada  
que sepa tan malo como la madera de mimbre.  
Pero yo insisto  
y acabaré con este cesto.  
Porque, en definitiva, yo soy un perro  
pastor con poderosos dientes.



¡En nuestro país, en Hungría, hay un código  
de honor que dice  
que el rebaño tiene que mantenerse  
siempre junto!

Solamente si el rebaño está muy junto,  
yo puedo mantener alejada a la comadreja  
de las estepas y al chacal dorado.

¿De qué sirve un perro pastor en el pasillo  
si por la noche el gato montés se introduce  
sigilosamente por la ventana y les sorprende  
durmiendo?

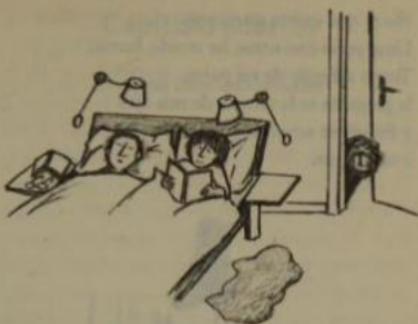
Es algo que sucede con frecuencia. Mi tío Ferenc  
lo vivió en sus propias carnes.

Familias enteras han perdido la vida durante  
la noche:

el gato montés en su delirio sanguinario, la  
puerta del dormitorio cerrada y únicamente  
sobrevive el perro.

Pero ya no es vida  
si has perdido a tus amos.  
Mi tío Ferenc contaba que esos pobres  
perros pastores se tendían sobre  
la sepultura de la familia  
sin comer nada debido a su tristeza y  
dolor y, finalmente, allí  
morían.

Por suerte, Emily deja casi siempre la puerta  
un palmo abierta,  
y cuando oigo que el jefe de la manada  
por fin ronca,



me introduzco sigilosamente en la habitación  
y me acuesto sobre esa suave piel de cordero.  
Nueve veces yo he conseguido, y no Friedbert,  
la huida del gato montés.

Pero el jefe de la manada no me lo agradece.  
Todo lo contrario:

Friedbert se despierta sobresaltado  
y me grita

de forma que mis oídos retumban.  
Ya sé

que el gato montés se parece a Misi.  
Sólo que Friedbert todavía desconoce  
lo mala y peligrosa que es esta gata.

En definitiva, aún no ha tenido que sentir  
sus uñas, afiladas como cuchillos,  
en su nariz.

¡Sí, la ingratitud es la recompensa  
del perro pastor!

No es que quiera quejarme.  
Unas cosas con otras, he tenido suerte.  
Tengo a Emily de mi parte,  
la pequeña es la estrella de mis ojos  
y Friedbert terminará aprendiendo  
a valorarme.



## Capítulo cuarto,

en el que todo está revuelto





Mi tío Ferenc decía siempre  
que hay días  
en los que nada sale bien.  
Comienza ya por la mañana.  
Las ovejas balan como estúpidas,  
el gallo canta dos horas antes,  
los gansos chillan  
y los chacales ululan.  
Y todo tiene que ver con el viento que  
sopla en la Puszta, que gime y brama y  
silba y altera todo.  
El viento es un embaucador.  
Te hace creer  
que el chacal está cerca.  
Te sopla su olor en la nariz.  
Tú te levantas, haces la ronda,  
lo olfateas, el viento te revuelve el pelo,  
pero el chacal se mantiene invisible.  
Yo jamás hubiera pensado  
que esos días también se dieran aquí.



Aunque, ciertamente, ellos no conozcan a  
las ovejas de Valaquia ni a los chacales dorados,  
conocen el viento.

El mismo que en Hungría,  
que aquí también brama sobre los campos,  
arranca las ramas de los árboles,  
azota la lluvia contra los  
crystalles de las ventanas, silba y gime.  
En esos días, hay que mantenerse junto  
al rebaño.

Eso lo sabe cualquier perro pastor.  
Solamente si el rebaño se mantiene muy junto,  
la tempestad no le hará nada.  
Lo juro: yo hice todo lo que pude.

Incluso me tumbé delante de  
la puerta de entrada

y no me moví  
cuando Friedbert quiso salir.  
Ningún "¡paso!" ni "¡vamos!" me hizo  
dejar libre la puerta,

ningún "¡aqui!" ni "¡vas a obedecer!".

Pero, ¿qué iba a hacer?

Él me ha engañado.

Se fue a la cocina

e hizo crujir la bolsa.

Sabía perfectamente que yo iría.

¿Conoces ese ruido?

¡Ese crujido es maravilloso!

Es oírlo y de inmediato se despiertan las  
papilas gustativas.

¡Te despierta incluso del sueño más profundo  
y, al instante, abandonas tu  
sitio preferido  
porque sabes que hay cortezas de cerdo!

¡Pero Friedbert me ha engañado!  
Rápido como un rayo, cerró la puerta de  
la cocina. Estaba encerrado.

Sin haber conseguido ni siquiera una  
sola corteza.

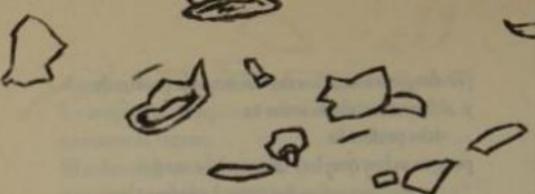
Salté contra la puerta,  
aullé,

¡ladré insistentemente  
para que no abandonara la casa!

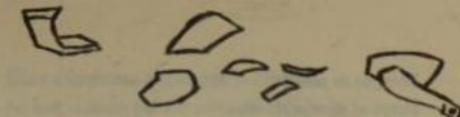
¡Pero fue inútil!  
En lugar de escucharme,  
Friedbert simplemente se alejó del rebaño.  
Y yo, imitando a Misi,  
me subí en la silla y, desde allí,  
a la mesa de la cocina.

¡Tenía que mirar por la ventana,  
tenía que cuidar de Friedbert!  
¿Cómo iba a saber que sobre la mesa  
estaban la vajilla y la fina tetera?

¿Cómo podía yo saber  
que el mantel resbaló?  
Con Misi, nunca había sucedido.  
¡Ella siempre se pasea dando vueltas por  
encima de la mesa de la cocina!



Es increíble la cantidad de trozos en  
los que se puede romper una tetera  
y el ruido que hacen los platos  
y las tazas  
al golpear contra las baldosas.  
Fue un tintineo y un estrépito  
que hubiera hecho huir al más hambriento  
de los chacales.  
Me oculté debajo de la mesa, donde,  
por casualidad, había un par de rodajas  
de mi fiambre favorito,  
que habían ido a parar allí sin hacer yo  
nada  
y antes de que la bandeja de los fiambres  
se estrellara.  
Tenía que calmar mis nervios, claro,  
y comer siempre ayuda.  
Eso es algo que Emily no pudo entender  
cuando abrió bruscamente la puerta  
y profirió un agudo grito que  
fue como oír diez silbatos para perros, juntos.  
Vociferó y lloró delante de la ventana  
con más fuerza que el viento.



Agarró la escoba y me empujó.  
Yo me apreté contra la pared, atrás del todo.  
Pero tampoco allí me sentía seguro.  
La escoba me daba una y otra vez  
y únicamente me quedó la huida hacia delante:  
¡entre las piernas de Emily!  
¡Cómo podía yo prever que me quedaría  
enganchado con las garras en la alfombrilla?  
A Misi nunca le había sucedido,  
pese a que todas las mañanas ronronea  
alrededor de las piernas  
de Emily.  
Y, de pronto, Emily se encontraba en el suelo.  
¡Gracias a Dios, ella no se rompió en mil  
pedazos!  
Pero gimoteó como Bence cuando  
aún era pequeño.  
Naturalmente, corrí rápido hacia ella  
y lamí su cara  
y ella no se opuso,  
algo que era una mala señal.  
Estaba completamente pálida y se quejaba.  
Me tumbé a su lado  
y no me separé de ella.  
De cuando en cuando, la empujaba con el hocico.  
Así lo hacemos con las ovejas  
cuando queremos  
que se pongan de nuevo en pie.

Pero no se movía.  
Fuera el viento silbaba.  
Cuánto me alegré  
al oír abrir la puerta de casa  
y los pasos de Friedbert acercándose.



Se fueron en coche al médico  
y yo me metí voluntariamente en el cesto,  
haciéndome un ovillo, encogiéndome  
todo lo que pude  
y sintiendo nostalgia de un "¡malo!" en voz alta.  
A Misi todo aquello la dejaba indiferente.  
Había estado todo el tiempo en el sillón,  
en el mejor sitio,  
haciendo como si durmiera.  
Mi tío Ferenc tiene razón:  
los gatos no conocen ni el sentido de la culpa  
ni el de la compasión.

Ellos solamente miran por sí mismos,  
no han nacido para la amistad.  
Con los ojos semicerrados, Misi  
observó cómo estaba  
en el cesto de mimbre,  
empequeñecido y consciente de mi culpa.  
Se estiró y después pasó  
delante de mí directamente  
hacia la mesa.  
Se subió en ella de un salto  
y, ante mis ojos, sorbió imperturbable  
el contenido de la jarrita  
hasta la última gota de leche.  
¡Con lo sediento que me sentía!  
Ni una gota de agua en la escudilla,  
solamente pedazos de vajilla.  
Sí, hay días en los que  
nada te sale bien.

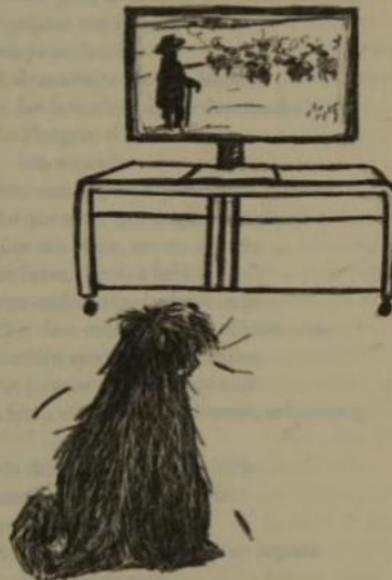


No es que quiera quejarme.  
Unas cosas con otras, he tenido suerte.  
Cuando regresaron, no me riñeron,  
se olvidaron de mí.  
Emily cojeaba todavía un poco,  
Friedbert recogió todos los pedazos  
de la vajilla  
y la pequeña únicamente  
me estiró un poco de las orejas.  
Estaba de morros  
porque echaba en falta su plato favorito.



## Capítulo quinto,

en el que informo sobre las cosas inútiles





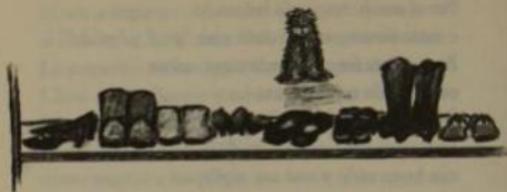
El despertador es tan estridente e inútil  
como el silbato para perros.  
Lo necesitan para despertarse por las mañanas.  
No tienen ningún gallo  
que les anuncie la salida del sol.  
Sucede así:  
el despertador suena estridentemente,  
ellos se giran en la cama intentando despertar  
y golpean con la mano  
contra un botón.  
Y, de nuevo, se hace el silencio,  
se dan la vuelta y siguen durmiendo.  
En Hungría, el gallo cantaría  
una segunda vez,  
pero este despertador se mantiene mudo.  
Así que tengo que despertarlos yo.  
Con mis ovejas, eso era sencillo:  
un breve, cortante ladrido  
y ya estaba todo el rebaño en pie.  
Con ellos, necesito ladrar un buen rato,  
también ayuda gemir y escobar.  
Así piensan que tengo que salir  
a hacer mi regato y, finalmente, se levantan.

No dejo de sorprenderme de la  
cantidad de aparatos inútiles  
que acumulan.  
A la pequeña, le han traído un juguete  
en forma de pato.

Huele a felpa y,  
al morderlo, hace cuac.  
La pequeña me lo regaló inmediatamente.  
Claro, es inteligente y sabe diferenciar  
los auténticos patos de los falsos.  
Por cierto, ha aprendido de mí  
cómo asustar a los patos.  
En cuanto los ve,  
sale corriendo con sus cortas piernas.  
A veces pienso  
que hay en ella un buen perro pastor.  
Las cosas inútiles me las regala  
para que las rompa a dentelladas.

Pero regresemos a Friedbert y Emily:  
en nuestra sala de estar, se encuentra  
una gran caja negra,  
delante de la que ellos se sientan todas las noches,  
como los pastores húngaros alrededor del fuego.  
La caja emite ruidos  
y muestra imágenes que se mueven rápido.  
Los ruidos son sorprendentemente auténticos.  
El otro día casi creí  
que había ovejas  
en nuestra sala de estar  
y que el tío Ferenc ladraba.  
Pero no podía ser  
porque tío Ferenc está en Hungría  
y tampoco podía olerlo.

Por si acaso, respondí ladrandó,  
e inmediatamente se volvió a oír "¡pol!" y "¡malo!".  
En esa caja hay un timbre que suena  
como el de nuestra casa.  
¡Naturalmente, ladro cuando suena!  
Deberían estar contentos de que yo tenga  
tan buen oído y esté tan vigilante,  
pero solamente protestan y dicen:  
"¡Cállate de una vez!".  
Y por eso pienso  
que esa caja es algo inútil,  
una embaucadora como el viento de la estepa.  
La caja les hace ver cosas  
que no existen.  
Porque aquello que uno no puede oler,  
tampoco existe.  
  
Pero lo más inútil son los zapatos  
colocados en una estantería del pasillo.  
Hay por lo menos veinte pares. Qué  
digo veinte, ¡treinta pares!  
De todos los colores, de todas las formas.  
Y eso que cada persona solamente tiene dos pies.  
Naturalmente, yo sé  
que ellos necesitan zapatos  
porque su pies son más delicados  
que nuestras patas.  
Pero, ¿por qué tantos?  
Los zapatos pertenecen a Emily.



¿Recuerdas a qué huele ella?

¡Exacto! ¡A foie-gras y jamón!

Y sus zapatos huelen así.

Cuando tengo que estar acostado en el cesto,  
el olor a foie-gras y jamón llega a mi nariz.

Y yo tengo que estar con frecuencia en el cesto,  
porque Friedbert insiste en que,  
después de un largo paseo por

el bosque,

el pelo se me seque en el cesto.

Opina que, de lo contrario, toda la casa  
huele a perro.

No entiendo qué puede haber de malo  
en ello.

Si uno es un perro,

huele a perro

y todo lo demás sería falso.

¡Yo no puedo oler a gato!

¡O a oveja!

Y si él no puede soportar mi olor,  
¿por qué me ha admitido en casa?

Nosotros, los perros pastores, olemos bien  
mojados y secos. Eso está claro.

Aun así, el jefe de la manada tiene la última  
palabra y, si me envía al cesto,  
tengo que conformarme.

Al principio, me premiaba  
con cortezas de cerdo.

Pero esos tiempos pasaron.

Ahora únicamente es: "¡Anton! ¡Cesto!".

Y se marcha, cierra la puerta  
y se sienta delante de la caja negra.

Yo oigo ladrar a perros desconocidos en  
nuestra sala de estar.

Oigo bramar a vacas cuernilargas  
y escucho voces desconocidas

que hablan en lenguas extranjeras.

¿Tú sabes cuánto tarda  
en secarse el pelo de perro?

Té lo digo: tarda horas  
y esas horas te parecen

una eternidad.

En Hungría, corría con el pelo mojado  
tres veces alrededor del rebaño de ovejas  
y ya estaba seco.

Era por el viento.

Pero en el cesto no sopla viento alguno.  
Ni siquiera un airecillo.

Dios sabe que en la casa hay mejores  
sitios para secarse.

¡Por ejemplo, el sitio donde está  
Misi, el radiador!  
A ella, todavía no le ha dicho Friedbert:  
"¡Hueles a gata!"  
Sí, a ella se le permite siempre  
acostarse sobre el radiador en la  
sala de estar.  
¡Incluso le permiten meterse en la cama!

En definitiva:  
tú estás en este cesto para perros,  
en una postura incómoda,  
esperando a que estés seco,  
las horas se estiran,  
te mueres de aburrimiento,  
mordisqueas desganado las tiras de mimbre;  
uno ladra, de vez en cuando, en la caja negra  
casi como el tío Ferenc,  
tú olfateas, no, es sólo un engaño.  
¡Y, de pronto, lo hueles!  
Huele a foie-gras y jamón  
y el olor viene de la estantería de zapatos.  
Si Friedbert hubiera abierto ahora la puerta  
de la sala de estar, si hubiera exclamado:  
"¡Anton, ven!", entonces no hubiera sucedido nada.  
Pero la puerta siguió cerrada.  
De verdad que luché duramente contra mí mismo.  
Sabía que no estaba permitido  
masticar zapatos.  
Emily es muy suya con sus cosas.

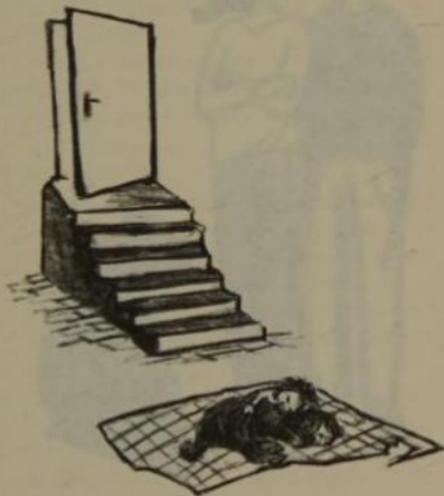
Y más aún con sus zapatos.  
Pero olian tan bien a jamón  
y a foie-gras y a piel de cabra...

Yo me aburría,  
y cuando me aburro  
tengo que masticar algo.  
Eso nos ocurre a los perros pastores.  
En Hungría, se nos permitía masticar  
tiras de cuero.  
Fortalece vuestros músculos de la mandíbula,  
aleja el hambre y es bueno para la  
dentadura,  
decía tío Ferenc.  
Los cestos de mimbre no saben bien.  
Las tiras tienen un sabor muy amargo,  
son duras y leñosas.  
Pero los zapatos de Emily son suaves, tiernos  
y jugosos.  
Así que me levanté,  
me acerqué sigilosamente a la estantería,  
tiré de un zapato  
y regresé rápido al cesto.  
¡Ah, fue maravilloso!  
¿Has probado alguna vez a masticar  
piel de cabra?  
Es completamente blanda y tierna  
y sabe algo salada  
y a infancia.



Si me preguntas a mí,  
los zapatos de piel de cabra saben  
claramente mejor que  
las cortezas de cerdo secas.  
Cuando, por fin, llegó Friedbert  
para dejarme entrar en la sala,  
sólo quedaba una suela de goma negra  
junto a mi cesto.  
La bronca que siguió  
fue peor que un terremoto.  
Incluso Misi abandonó como un rayo  
su sitio en el radiador  
y se ocultó debajo del sofá.  
Friedbert me tiró de las orejas y  
me chilló.  
Y Emily vio la suela negra del zapato  
y lloró.  
Como castigo, debería dormir toda la  
noche a oscuras y solo sobre una vieja manta  
en el sótano.

Y se habría hecho realidad  
si no me hubiera salvado la pequeña.  
¡Mi hermanita, la estrella de mis ojos!  
Vino descalza, en pijama, bajando  
las escaleras del sótano.  
Se acostó a mi lado, me acarició  
y consoló.  
Yo le di calor y los dos nos  
quedamos dormidos.

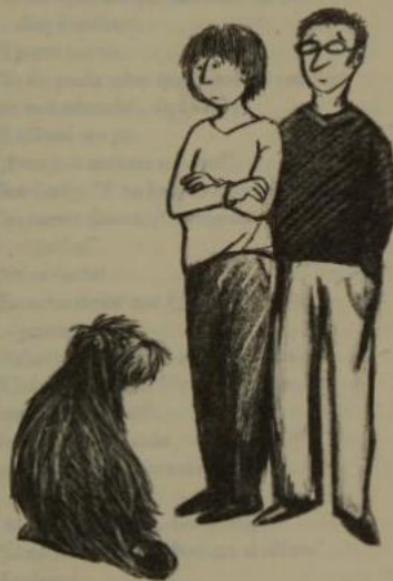


No es que quiera quejarme.  
Unas cosas con otras, he tenido suerte.  
Cuando, más tarde, Emily nos  
encontró así, todo volvió a estar bien.  
Me permitieron acompañarlos arriba  
y nadie estaba ya enfadado.  
Solamente Misi bufó al verme.



## Capítulo sexto,

en el que quieren enviarme a la escuela





Algo pende en el aire.

Lo noto.

Toda la mañana han estado hablando  
de mí.

Estoy acostado bajo la mesa,  
tengo los ojos cerrados  
y les escucho.

"Tú siempre has querido tener un perro",  
dice Friedbert.

El perro soy yo.

"Yo no podía saber que el animal estuviera  
tan mal educado", dice Emily.

El animal soy yo.

"¡Eran mis mejores zapatos!",  
dice Emily. "Y no ha sido la primera vez.

Eso cuesta dinero. ¡Y tampoco  
escucha!".

¡No es cierto!

¡Escucho mejor que Friedbert y Emily  
juntos!

"Es un perro pastor", dice Friedbert.

"Cedes demasiado. Un perro pastor  
necesita autoridad".

Yo no había pensado  
que Friedbert supiera tanto sobre  
perros pastores.

"Mira quién habla", dice Emily.

"Él no reacciona en absoluto al silbato".

¡Es cierto!

"Pero lo elogio y lo premio.

Únicamente premiándolo hace lo que debe hacer",  
dice Friedbert.

¡No es nada tonto!

Yo hago casi todo por cortezas de cerdo.

"Bueno, ¿qué propones tú?", pregunta Emily.

Friedbert remueve con la cucharilla el azúcar  
en el té.

Suena casi como los cencerros  
que llevan al cuello las vacas cuernilargas.  
"¡Vamos, dilo de una vez!", apremia Emily.  
"¿Qué hacemos con Anton?".

Anton soy yo.

"Propongo  
llevarlo a una escuela para perros",  
dice Friedbert.

¿En una escuela para perros? ¿Yo?

¡No!

Me levanto de un salto,  
y me meto voluntariamente en el cesto.  
Haré todo lo que me pidan  
con tal de que no me envíen a la escuela  
para perros.

Sé perfectamente lo que sucedería allí,  
porque el tío Ferenc decía que si  
vais a una escuela de perros,  
perderéis vuestra libertad.

La escuela os romperá el espinazo,  
decía.

Allí hay cosas

que son cien veces peores que  
un silbato para perros.  
Allí hay cadenas y bozales,  
decía tío Ferenc.

¡Yo no quiero ir a la escuela para perros!  
Incluso me haré amigo de la gata.  
No mordisquearé ningún zapato más.  
No destrozaré mi cesto de mimbre.  
No perseguiré a las liebres ni a los patos.  
Me echaré voluntariamente a sus pies.  
Obedeceré siempre  
al silbato para perros.  
¡Seré tan sumiso como un cordero  
con tal de que no me envíen a la escuela

para perros!

"¡Fíjate!", dice Emily. "¡Parece como si  
hubiera entendido cada palabra!".  
Se inclina hacia mí y me acaricia.

"¡Así, Anton, así está bien!

¡Metido en tu cestito!

¡Eres un buen perro!", dice Emily.

"¡Y mañana irás a la escuela  
de perros!".

Esa noche, me quedé por primera vez  
voluntariamente en el pasillo.

Sóñé que

llevaba puesto un bozal y tenía que arrastrar una cadena de hierro tras de mí.  
La escuela estaba en un bosque de zarzamoras.  
La cadena se enganchó  
en las ramas de las zarzas. Yo tiraba con fuerza  
y, sin embargo, no podía liberarme.  
De pronto, aparecieron quince chacales,  
me rodearon y levantaron sus orejas.  
Después arquearon sus lomos como gatos,  
lo hacen siempre cuando atacan,  
levantaron los rabos y se dispusieron  
a saltar.

Yo no podía moverme.  
No podía ni siquiera enseñarles los dientes  
porque el bozal estaba muy apretado  
alrededor de mi hocico.  
Me desperté.  
Misi estaba sobre el alféizar de la ventana.  
Sus ojos brillaban como carbones amarillos  
en la oscuridad.  
Y, aun así, me alegré  
de ver al gatuno animal.  
Incluso le hubiera ofrecido amistad  
si hubiera sabido el lenguaje de los  
gatos.  
Y entonces sucedió algo  
que yo jamás hubiera creído posible:  
Misi saltó del alféizar de la ventana  
y se me acercó muy lentamente.

Inclinó su cabeza y la apretó  
contra la mía.  
Yo no me movía.  
No me atrevía casi ni a respirar.  
Misi se tumbó panza arriba  
y dejó que lamiera su barriga.  
Ronroneó de satisfacción.  
Algo es cierto:  
¡los gatos pueden leer los pensamientos!  
¡Eso nunca nos lo había contado tío Ferenc!

Esa noche, Misi se acostó a mi lado  
y dormimos espalda contra espalda.  
Cuando Emily nos encontró así por la mañana,  
las lágrimas asomaron a sus ojos.  
"¡Friedbert!", llamó. "¡Ven,  
tienes que verlo!  
¡La gata y el perro en el cestito!  
¡Qué tierno!".  
Y Friedbert llegó y nos vio acostados  
y dijo: "¡Eres un perro bueno, Anton!  
¡Eres un perro bueno!".  
Entonces confié en que  
no me llevarían a la  
escuela para perros.  
Pero resulta que una vez que  
las personas han decidido  
un plan,  
mantienen ese plan.



No es que quiera quejarme.  
Unas cosas con otras, he tenido suerte.  
Pero lo de la escuela estaba decidido  
y, después del desayuno, se pusieron  
los zapatos.  
Friedbert fue a buscar la correa, me  
la colocó y me llevó al coche.



## Capítulo séptimo, en el que hago progresos





La escuela para perros se encuentra en un  
bosque lleno de zarzas.  
En eso, no me engañó mi pesadilla.  
Una valla alta de hierro cierra herméticamente  
el recinto.  
Se abre un portón  
y Friedbert me conduce dentro, Emily nos sigue.  
El portón se cierra tras nosotros.  
Yo tiro de la correa de izquierda a derecha,  
de derecha a izquierda.  
Puedo oler tantas huellas,  
tantas señales de perros  
que me siento marear.  
Tiro de la correa. Quiero seguir.  
Friedbert tiene dificultades para contenerme.  
De pronto, un tirón me atraviesa.  
Mi cuello es levantado con fuerza.  
Me doy la vuelta sorprendido y la veo:  
¡Es la profesora!

Se llama Señora Steppentritt  
y huele a perro.  
Es muy pequeña y nervuda,  
tiene pelo corto y negro en la cabeza,  
ojos azules y fríos como el acero y me mira  
reclamándome.  
Inmediatamente, me arroja al suelo.  
Me pongo de espaldas.  
Ella coloca su mano sobre mi pecho.

"Mi querido amigo", dice,  
"eso no se hace!".

Habla muy bajo, muy severa.  
Me mira fijamente a los ojos.  
Así te mira un chacal poco antes de  
atacarte.

Si las miradas pudieran matar, ahora yo  
estaría muerto.

Evito su mirada.  
Me retuerzo.

Quiero levantarme.  
Ella, sin embargo, me sujetó firmemente  
y me aprieta contra el suelo.  
No me queda otra salida  
que someterme.

Me lamo el hocico.  
Ella entiende la señal y afloja su  
presión.

Pero, antes de que pueda incorporarme,  
vuelve a sujetarme  
y esta vez más fuerte.

Me susurra al oído:  
"A partir de ahora, harás lo que yo diga",  
susurra. "Yo soy el jefe.  
*¡Tú aquí sólo eres el perro!*  
*¡Ya lo aprenderás, Anton!*".

Y afloja su mano.  
Me quedo tumbado.  
"Bravo, Anton!", dice. "Y ahora, ven!".  
Bajo el rabo y la sigo.

Me lleva atado a la correa,  
siempre a lo largo de la valla.  
Ya van tres vueltas y ahora la cuarta.  
Acoplo mis pasos a su ritmo.  
No me atrevo a tirar.

Friedbert y Emily están en el portón  
y miran asombrados.

La señora Steppenritt les pasa la correa.  
"¡Inténtelo ahora usted, Friedbert!  
Es muy sencillo. Tiene que llevarlo muy corto  
y no olvide:  
la dirección la marca usted!  
El perro tiene que seguirle!  
¡No usted al perro!".

Después de una hora de entrenamiento,  
estoy agotado.

Tuve que saltar obstáculos.  
He aprendido ¡síéntate! y ¡quieto!  
El ejercicio no es fácil. Ellos dicen "¡quieto!"  
y yo no me puedo mover,  
a pesar de que ellos se alejen  
y, sin mí, puedan tener una desgracia.  
Pero la señora Steppenritt no tolera  
ninguna contradicción.



Si no hago lo que ella dice,  
entonces me obliga a ello.

Me ordena con su voz,  
baja y cortante.

Susurra "¡plas!"  
y, si no me dejo caer al  
instante, coloca su mano sobre  
mi cabeza.

Es sorprendente:  
si hace eso,  
mis patas tiemblan.

Sencillamente, me caigo.

Tampoco necesita un silbato.

Gorjea como un pequeño pájaro  
cuando debo acudir.

Es sorprendente:  
cuando gorjea así,  
me doy la vuelta y corro hacia ella.

La lengua me cuelga hasta el suelo.

Jadeo.

¡Nunca más tiraré de la correá!

¡Seguro que no!

Me quedaré siempre a medio paso  
del jefe de la manada.

Quiero irme a casa.

Sólo quiero dormir.

Ahora sé, por fin,  
lo que tío Ferenc quería decir  
al advertirnos sobre la escuela para perros.

Ahora conozco la correá extensible.  
Es, por lo menos, tan larga como  
quince cuernilargas colocadas una detrás  
de otra en una fila.

Inicialmente, tú no la notas.  
Ves las liebres, echas a correr  
y, de pronto, te ves levantado sobre tus  
patas y te caes.

Ni siquiera necesitan correr detrás de ti.  
Simplemente se quedan al borde  
de la pradera y esperan a que sea  
el momento. Entonces pisan en el  
final de esa correá.

Así, no es nada divertido perseguir  
a las liebres.

La caída es dolorosa.

Y, después de la tercera vez, he  
desistido.

Al final, la señora Steppenritt incluso  
me ha elogiado.

Me regaló una rancia galleta para perros.  
Yo podría ser un perro maravilloso,  
aprendo rápido, ha dicho,  
hago grandes progresos.

Con una autoridad rigurosa, Friedbert y  
Emily estarán contentos conmigo.

Necesitaría un máximo de veinte horas  
y yo habré aprendido lo esencial.

¡La galleta estaba seca y no me  
ha gustado!

No es que quiera quejarme.  
Unas cosas con otras, he tenido suerte.  
Friedbert está orgulloso de mí  
y Emily me rasca la cabeza.  
¡Sé que me quieren  
y yo también los quiero!  
No obstante, ahora deseo irme a casa.  
¡Solamente quiero dormir y estoy contento  
de que mi dueña se llame Emily  
y no señora Steppenritt!



## Capítulo octavo,

en el que me convierto en héroe



Durante el invierno se pierde la fuerza.  
A veces pierdo la fuerza.  
Algunas veces pierdo la fuerza.  
Pierdo la fuerza.  
Algunas veces pierdo la fuerza.  
Pierdo la fuerza.



Los días se vuelven cada vez más cortos  
y fuera hace un frío intenso.

Misi se pasa el tiempo durmiendo en su  
sitio, sobre el radiador.  
Si se baja, a veces ronronea frotándose  
contra mis patas y casi nunca  
saca sus uñas.

Me gusta el invierno,  
porque mi pelo es espeso y cálido  
como el de una oveja.

El invierno es la época del año  
donde no necesito sudar.

Antes, en Hungría, había metros de  
nieve y nos arrojábamos sobre ella,  
revolcándonos y ladrando fuerte  
de placer.

Aquí no nieva. Aquí hace frío.  
El estanque de los patos se ha helado.  
Solamente queda un agujero en el centro,  
donde se concentran centenares de patos  
que graznan suavemente.  
Desde que voy a la escuela para  
perros, los patos me son  
indiferentes.



Raramente siento el impulso

de ladrarles.

También los días del silbato han pasado.

Si Friedbert sisea ligeramente,

acudo corriendo

y si dice "¡plas!", me dejo

caer al instante.

Soy un perro bueno.

Sucede que Friedbert ha traído otra

clase de galletas para perros,

jugosas, blandas y saben casi

como piel de cabra.

Sería infantil no hacer lo que dice si me

premia como a un príncipe.

Cuando Emily sale de casa,

lleva puesta una piel como la mía.

A la pequeña le ponen botas

con forro y gorro de

piel de oveja.

Con su gorro y sus mejillas rojas,

parece una princesa de la Puszta,

de las que tío Ferenc nos ha hablado siempre.

Entre tanto, ella domina tan bien el caminar

a dos pies que a Emily y Friedbert les resulta

difícil seguirla.

Únicamente yo soy suficientemente rápido

para, si hace falta,

sujetarla por las mangas.

Entonces ella se detiene

y Friedbert me elogia en voz alta y

me regala una galleta.

Habíamos estado caminando un buen rato.

Un paseo de domingo por la tarde

con todo lo que ello conlleva:

traerles palos, rastrear huellas,

el sonido de las hojas caídas, hacer carreras

y ¡ven! y ¡aquí!, ¡plas! y ¡quieto!

y alborotar con la pequeña en el campo.

Yo sudaba a pesar del frío.

Mi cálido aliento flotaba como una nube

delante de mi hocico.

La pequeña tenía las mejillas rojas como manzanas

y chillaba de alegría

cada vez que conseguía sujetarme del collar.

Tiraba de mí de un lado a otro

y no se cansaba en absoluto.

Había oscurecido ya cuando llegamos al

estanque de los patos.

La pequeña se adelantó corriendo, yo tras ella

y Emily y Friedbert caminaban despacio

cogidos de la mano,

enfrascados en una conversación.

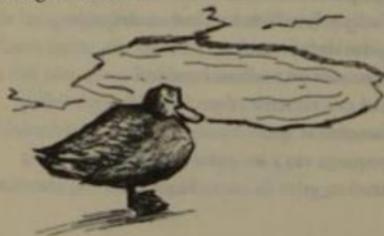
No sé exactamente cómo sucedió.

Solamente sé que

la pequeña vio a los patos en el estanque

y lanzó su grito de cuernilarga.

A la vez, pisó en el hielo.  
Era veloz como un rayo,  
no se la podía detener.  
Los patos levantaron el vuelo.  
La pequeña lanzaba gritos de alegría  
y corría cada vez más deprisa  
y directamente hacia el agujero.  
Ladró para que se detuviera.  
Pero no me escuchaba.  
Entonces salí disparado  
detrás de ella.  
Tenía que obligarla  
a detenerse,  
¡Era cuestión de segundos!  
El hielo resbalaba  
y apenas podía sostenerme.  
El hielo crujía con cada salto.  
Notaba los latidos de mi corazón  
hasta la punta de la lengua.  
Pasé como un disparo junto a la pequeña,  
me di la vuelta y la arrojé al suelo.  
Ella gritó furiosa.



El agujero quedaba a un palmo.  
Aquí, el hielo era especialmente delgado.  
La sujeté por la pernera y tiré de ella  
tan rápido y cuidadosamente como  
pude hasta la orilla.  
El hielo se hundió detrás de nosotros.  
¡Salvados!, pensé, ¡estamos salvados!  
Después, la solté.  
La pequeña continuaba gritando.  
Emily la levantó, estrechándola  
contra sí.

Friedbert estaba pálido como un pastor húngaro  
a la luz de la luna,  
temblaba y sus zapatos goteaban.  
Había intentado también correr por el hielo;  
sin embargo, era demasiado pesado.  
Una vez que me sacudí el agua del  
pelo, mi respiración se tranquilizó.  
¿Por qué tanta excitación?  
Para mí, como perro pastor, aquello  
no había sido nada especial.  
Sacar a un niño del hielo es un juego de niños.  
En Hungría, se saca del hielo incluso a vacas.  
Por no hablar de esas tontas  
ovejas.  
Bueno,  
en Hungría el hielo es algo más grueso  
y no cruce así.

Aun así, el tío Ferenc se hundió en dos ocasiones.

Todavía recuerdo los carámbanos en su piel.  
Solamente con un gran esfuerzo había podido salvarse del frío agujero de agua.  
Me resultaba penoso ver a Friedbert tan indefenso.  
No era necesario que me abrazara y acariciara.  
No cesaba de hacerlo.  
En definitiva, él es el jefe de la manada, pensé, ¡un buen jefe de manada nunca puede mostrar debilidad!

Sin embargo, cuando llegamos a casa, comenzó un nuevo tiempo para mí.  
No podía creerlo.  
Se me permitía hacer todo aquello que antes estaba severamente prohibido.  
No tuve que meterme en el cesto para secarme,  
a pesar de mis mojadas patas llenas de barro.  
¡Nadie me dijo que olfa a perro!  
Todo lo contrario:  
¡Emily hundió su nariz en mi mojado pelo y me llevó al mejor sillón, al lado de la calefacción.  
Era como si me leyieran los deseos en los ojos.

El mismo Friedbert fue al frigorífico, abrió la pesada puerta y sacó jamón, foie-gras y piel de pollo frito para mí.  
Comí de su mano.  
Misi miraba perpleja desde su sitio en el radiador, observando todo, y se lamía los labios.  
Emily calentó leche y me llenó el comedero y, al llegar la noche, la puerta del dormitorio se encontraba completamente abierta por primera vez.

Friedbert señaló hacia la piel de cordero y dijo: "¡Anton, amigo mío, a partir de hoy puedes dormir sobre la piel de cordero! ¡Eres el mejor perro del mundo!".  
Después se metieron en la cama, yo a los pies, y Emily repitió una y otra vez: "¡Si no hubiera sido por Anton, ni pensarlo Friedbert, no, ni pensarlo! ¡Es un perro héroe, Friedbert, un héroe!".  
Eso ya era demasiado.  
A pesar de sentirme cansadísimo, ¡no podía quedarme allí!



No es que quiera quejarme.  
Unas cosas con otras, he tenido suerte.  
Sencillamente, me levanté,  
arrastré mi piel de cordero  
hasta el cesto para perros  
y tuve, por fin, mi merecido descanso.



## Capítulo noveno,

en el que me como un ganso de Navidad entero





No es fácil ser un perro bueno.  
Pero ser un perro héroe,  
es lo más difícil.  
Tengo grandes dificultades  
para acostumbrarme a ese papel.  
No solamente Friedbert y Emily  
han cambiado,  
incluso la señora Steppentritt es muy  
suave cuando habla conmigo.  
Los pequeños de la escuela de cachorros  
levantan sus ojos hacia mí.  
Lloriquean y gemen como locos,  
quieren estar muy cerca de mí  
cuando vengo a entrenarme.  
Probablemente piensen  
que el brillo de héroe se contagia.  
Yo soy un ejemplo, dice la señora Steppentritt.  
Pero es que yo no quiero serlo.  
Yo sólo quiero estar tranquilo.  
Quiere incluso educarme como perro  
de rescate.  
Yo tendría ese talento, que es tan raro.  
Sin embargo, Friedbert lo ha rechazado.  
Le costaría demasiado, opinó.  
Y, además, yo ya sabía rescatar.

Pero temo que Friedbert se equivoca.  
A la señora Steppentritt no le interesa el dinero.  
Se le ha metido en la cabeza



que yo podría ser algo muy especial  
y quiere demostrarle al mundo  
que es así.

Hace tiempo que ha comenzado con mi  
formación como perro de rescate.

Me obliga a arrastrarme  
por un túnel.

El túnel es de tela,  
extendida sobre una estructura  
de alambre.

Los primeros días, había una galleta  
para atraerme.

Y, últimamente, tengo que balancearme  
por escaleras.

Ella dice que eso me divierte,  
pero no es así.

Yo no estoy libre de vértigo  
y nunca me han gustado los túneles.  
En Hungría, esos túneles conducen  
a los chacales.

Ellos traen al mundo a sus hijos  
en cuevas.

Ningún perro pastor húngaro  
se atrevería  
a pisar un túnel.

¡Y tío Ferenc nos ha enseñado a evitar  
siempre cuevas y túneles!

La señora Steppentritt opina distinto.  
En Hungría, estaría perdida.

Es muy fatigoso  
ser un perro héroe,  
un ejemplo y un salvador.  
En realidad, solamente se tiene  
una ventaja.

Es una gran ventaja, por supuesto:  
desde entonces, me pertenecen los  
mejores sitios en toda la casa.

Si estoy delante de mi sillón preferido  
en el que se encuentra dormida la gata,  
inmediatamente Misi es llevada a otro  
lugar.

Creo que ella me odia por eso.  
De nuevo, me enseña sus uñas bufando

ligeramente  
en cuanto me cruzo en su camino.

La pequeña es la única que se  
ha mantenido completamente normal.  
Juega conmigo como siempre.  
Hace tiempo que ha olvidado  
que la arrastré por el hielo.

El nuevo juego se llama empujar.  
Ella corre hacia mí, yo me caigo,  
entonces ella se ríe y yo también.

También ha cambiado el camino del paseo.  
Ahora, Friedbert y Emily evitan el estanque  
de los patos.

Me llevan por el otro lado.  
Caminamos por el campo de maíz,  
que se conserva en invierno para  
los faisanes.

¡El camino es mucho más peligroso!  
Cruje por todos partes  
y hay que tener muchísimo  
cuidado para no perderse  
porque el maíz es alto y denso.  
Un bosque de varas  
en el que viven los fantasmas.  
Los faisanes levantan el vuelo  
con un sonoro purr-purr  
casi delante de mi hocico.  
Yo soy un perro bueno.  
A mí, esos pájaros no me preocupan.  
Únicamente me dan un susto.  
Sigo a Friedbert  
a una distancia de medio metro.  
Él es el jefe de la manada.  
Quiero que él me guíe.  
¡Yo no soy ningún héroe!

Algunos días, parece como si no amaneciera.  
Dicen que es tiempo de Navidad.  
Lo hacen a escondidas, cruce el papel de envolver  
y ocultan paquetes por toda la casa.  
La cocina huele a pastas  
que Emily saca del horno.  
Yo estoy en el banco de la cocina  
y los observo.  
De vez en cuando, la pequeña me da  
una pasta.  
Por mí, podía ser siempre Navidad.

Friedbert ha cortado un abeto,  
que está en el pasillo, junto a mi cesto.  
Huele a bosque.  
Naturalmente, he levantado de inmediato  
la pata y he dejado mi marca.  
Hay que hacerlo  
para que los demás sepan  
quién vive aquí.  
Los árboles están para eso,  
para mearlos.  
Después de semanas,  
puedes oler todavía  
el mensaje que te ha dejado  
el desconocido.



Evidentemente, los gatos no son capaces  
de hacerlo.

Ellos únicamente piensan en trepar.  
Apenas si el árbol estaba en el pasillo  
y Misi ya se había subido a lo más alto  
y maullaba porque desconocía el camino de vuelta.  
Yo y la pequeña nos divertíamos viéndola  
hasta que Emily puso fin al juego.  
Como agradecimiento, Misi la arañó  
en la mano.

El día de Nochebuena, nevó.  
Friedbert, la pequeña y yo salimos  
a jugar con la nieve.  
¡Qué bonito fue!  
Era exactamente la misma nieve que  
había en Hungría.  
Yo me revolqué y  
mordí la nieve,  
que se derretía en mi lengua.  
La pequeña me imitó en todo.  
Al final, los dos estábamos blancos,  
helados y alegres como nunca.

Misi y Emily se habían quedado al  
calor de la cocina.  
Creo que a Misi no le gusta la nieve.  
Intentó salir con nosotros,  
se hundió,



sacó la pata de la nieve,  
la sacudió y, después de cuatro pasos,  
se volvió.

Me pareció muy raro, como un extraño  
baile.

Ahora, está sobre el radiador,  
cierra con fuerza los ojos y hace  
como si durmiera.

La cocina huele como en el País de Jauja.  
Conozco ese olor de Hungría.  
¡Huele a ganso asado!  
He contado lo de la piel de pollo asado,  
crujiente, grasienda, jugosa.  
Sin embargo, la piel de ganso  
es la reina de las pieles.  
Nada en el mundo está más crujiente,  
nada en el mundo sabe mejor.  
Si yo hubiera luchado contra quince  
chacales,  
si hubiera estado medio muerto de  
agotamiento,  
si me hubiera encontrado en la Puszta  
medio congelado bajo metros de nieve,  
¡podrías devolverme inmediatamente a la  
vida con un trocito  
de piel de ganso asado!

Mi tío Ferenc contaba  
que, en Hungría,  
el día de Nochebuena,  
los pastores buenos asan un ganso  
para sus perros.

Es una costumbre de los pastores húngaros,  
pero jamás había esperado que mi  
nueva gente conociera esa  
tradición.

Soy el perro más feliz del mundo.

Podría llorar de alegría.

¡Emily asa un ganso entero para mí!

No me separo de su lado,  
la saliva me gotea del hocico.

Ella sonríe amable, acaricia mi cabeza  
y riega el ganso con grasa de asar.

Suena una campanilla,

Emily se quita su delantal  
y me dice:

“¡Ahora llega el Niño Jesús!

Tú te quedas con Misi en la cocina, Anton.

¡Ten cuidado, volvemos enseguida!”.

Se marcha y cierra la puerta.

Escucho

cómo fuera la pequeña grita y ríe.

Apenas si está cerrada la puerta,  
aparece vida en el animal gatuno.

Yo ya sabía  
que Misi no estaba dormida.

Se estira haciéndose todo lo larga  
que puede y salta  
de su radiador a la mesa.

Ahí se encuentra mi ganso asado sobre  
un calientaplatos.

¿Qué se propone?

¡No lo intentará!

¡Pues sí, Misi lo intenta!

Le enseño los colmillos.

Ella saca sus uñas  
y las hunde profundamente en  
la carne del ganso.

Yo gruño fuerte;

a ella, sin embargo, no le impresiona.

El asado cuelga de sus garras.

Ella tira y tira.

El ganso es pesado, la gata liviana.

Puedo ver llegar la desgracia.

¡Cataplum!

Misi pierde el equilibrio  
y cae de la mesa con mi ganso,  
con la grasa pegada en su piel.

Maílla asustada,  
suelta finalmente el ganso y huye  
bajo nuestro banco de la cocina.

Ahí está, el ganso,  
dorado y aromático,  
justo delante de mi hocico.

Le enseño brevemente los dientes a Misi.  
y, después, es Navidad!

¡Es la Navidad más bonita de mi

vida!

El ganso sabe maravillosamente.

Su dorada piel está crujiente,

la carne en su punto,

tierna y blanda.

La grasa me gotea por la barbilla.

Nunca he estado tan saciado.

Salto sobre el banco de la cocina

y le dejo a Misi

los restos del banquete.

Hay que saber compartir,

ha dicho siempre tío Ferenc.

Debí de quedarme traspuesto,  
soñando con los pastores húngaros

alrededor del fuego,

cuando el grito de Friedbert me sacó  
de mis sueños.

Se abalanzó sobre Misi y aulló  
como un chacal.

De reojo, vi a Misi  
desaparecer como un rayo bajo  
el armario.

“¡Tú, ladrona!”, bramó Friedbert.

“¡Tú, bandida, tú, monstruo de gata!”

Sostenía en la mano los huesos del ganso

y miraba incrédulo el vacío

calientaplatos.



“Increíble”, gruñó, “que la pequeña  
gata... El enorme ganso asado entero...”

Y, de pronto, su mirada cayó sobre mí.

“¡ANTON!?”

Doblé las patas,  
intenté esconder mi hocico.

Demasiado tarde.

Con sus ojos de águila, Friedbert había  
descubierto la grasa en mi barba.

“Así que tú también! ¡Granuja!”,

“Cómo he podido creer que habían  
asado el ganso para mí?

Probablemente, mi heroicidad se me había  
subido a la cabeza.

¡Ahora eso también había terminado!

No es que quiera quejarme.  
Unas cosas con otras, he tenido suerte.  
Y, realmente, me sentí aliviado.  
Es mucho más sencillo  
ser un petro completamente normal.  
Emily asó salchichas, que, en realidad,  
eran para Misi y para mí.  
Las comieron con la grasa del ganso,  
lombarda y albóndigas de patata.



## Capítulo décimo,

en el que solamente digo la verdad



Naturalmente que los perros pueden reír,  
aunque haya gente que no lo  
crea.

Reímos igual que vosotros.  
Abrimos nuestra boca,  
ladeamos un poco la cabeza,  
estiramos los belfos y nos reímos.  
La pequeña lo sabe.  
Estamos debajo de la mesa de la cocina  
y apostamos a ver quién ríe más.  
Emily lo llama los cinco minutos tontos.  
"Me gustaría saber, ¿qué es tan divertido?",  
pregunta.

No se lo decimos.  
Sucede que la pequeña ríe porque yo río  
y yo me río porque la pequeña se ríe.  
¿Cómo se puede explicar eso?

Anteayer, Emily me llevó  
a la peluquería para perros.  
Ahora, parezco casi un petro de aguas  
con muchos rizos en la cabeza.

El resto del pelo muy corto  
para que no suede tanto  
cuando llegue el verano.

Desde entonces, Emily me acaricia con más  
frecuencia y me encuentra especialmente guapo.  
A mí me da lo mismo cómo estén mis pelos  
pues, en definitiva, algo es seguro:

Mi pelo crece día y noche.  
¡Pero no me da lo mismo cómo huele!  
Porque el peluquero también me ha  
lavado.  
Fue algo horrible.  
Tuve que estar de pie en la bañera,  
fui enjabonado y duchado  
y ahora huele como una pradera florida.  
La pequeña metió inmediatamente su nariz  
olisqueando en mi pelo.  
Dice que huele exquisito.  
¡Pero yo soy un perro,  
no quiero oler exquisitamente!  
En Hungría, está terminantemente prohibido  
lavar a los perros pastores.



Mi tío Ferenc nos contó muchas veces  
la triste historia del hijo tonto  
del pastor que había lavado  
a su perro.

Después de lavarlo, el perro olía  
como una pradera de flores  
donde pacen las vacas cuernilargas,  
a las que él debía vigilar.  
Por la noche, cuando las vacas  
estaban en el establo, el perro  
se acostó como siempre  
a su lado.

A la mañana siguiente, el hijo del pastor  
encontró allí únicamente sus huesos.  
Las vacas cuernilargas habían creído  
que el perro era su pradera de flores.  
¡Y, sencillamente, se lo comieron!  
¡Desde entonces, en Hungría no se  
permite bañar a ningún perro pastor!,  
nos contaba el tío Ferenc.

Un perro tiene que oler como un perro.  
Si los perros huelen como praderas floridas  
y las praderas floridas como perros,  
entonces nadie sabrá a qué atenerse,  
entonces todo el mundo se volverá loco.  
Imagínate a las pobres ovejas  
que no quieren comer hierba  
porque sabe a perro.  
¡Solamente quería que tú lo supieras!



La pequeña quería saber si los perros pueden llorar.  
¡Y tanto que podemos llorar!  
¡Lloramos con gusto y bien alto!  
¡Preferentemente con luna llena!  
Y si uno comienza con el llanto,  
entonces todos los perros lo acompañan.  
Y cuando los pastores les oyen, lloran también.  
En las noches húngaras de luna llena,  
sencillamente lloran todos.  
Incluso las ovejas lloran.  
Sí, incluso los chacales.  
Mi tío Ferenc decía  
que es por la triste historia  
del Perro en la Luna,  
que todo perro húngaro recuerda  
en las noches de luna llena.

Hace mucho tiempo,  
cuando los deseos todavía servían,  
los perros convivían en paz y amistad  
con los chacales.  
Compartían las charcas  
y, si el invierno era muy frío,  
algunos perros encontraban refugio  
en la casa del tío Chacal Dorado.  
Ya entonces los chacales dorados vivían  
en cuevas,  
que acondicionaban con mullido  
heno,  
y sus despensas estaban siempre  
bien surtidas.  
Estaban considerados unos buenos anfitriones  
y muy sociables.  
Contribuían gustosamente con carne  
y huesos sí, a cambio, les traían  
las novedades.  
En aquel tiempo, a los perros no les iba  
nada bien.  
Eran pobres, deambulaban por el mundo.  
No tenían ni hogar ni un dueño  
que les diera de comer.  
Pero poseían mucha información, llegaban  
a muchos lugares y conocían las  
mejores historias.  
Los chacales dorados adoraban  
escuchar historias  
y, así, acogían de buen grado a los perros  
compartiendo sus cuevas con los invitados.

Era la noche más fría del invierno,  
los chacales se habían acomodado  
en el heno y se disponían a dormir  
cuando oyeron llorar.  
Se consultaron y decidieron  
abandonar su estancia  
para comprobar quién era el que lloraba.  
Se arrastraron por el túnel que  
conducía fuera de la cueva.  
Y miraron, bajo la clara luz de la luna.  
Parpadearon y vieron a  
un pequeño perro blanco que se encontraba  
sentado en la nieve.  
Alargaba su hocico en dirección a la luna  
y gemía lastimosamente.  
"¿Qué te pasa?", preguntó el chacal  
más viejo. "¿Por qué lloras? ¿Tienes  
hambre? ¿Tienes frío? ¿Te duele  
algo?"  
El pequeño perro no dejaba de llorar.  
Gemía, se quejaba y aullaba de forma que  
ablandaba a las piedras.  
Los chacales no sabían qué hacer.  
"¡Ven a nuestra cueva! ¡Te daremos de comer,  
te daremos de beber! ¡Y tú nos cuentas algo!"  
Pero el pequeño perro blanco  
no les prestaba atención.  
¡Miraba a la luna y lloraba!  
Así que los chacales también miraron  
hacia la luna.



y, al reconocer lo que allí vieron,  
nunca más pudieron olvidarlo.  
Increíble.  
¡Era un gran perro blanco,  
sentado en la luna y saludando con la pata!  
¿Cómo había llegado hasta allí?  
¿Y por qué saludaba?  
Los chacales tenían muchas preguntas,  
olfateaban una extraordinaria historia.  
El pequeño perro blanco, sin embargo,  
no daba ninguna respuesta.  
Únicamente, lloraba.  
Los chacales se disgustaron.  
"¡Esto es obra del diablo! ¿Cómo llega

un perro a la luna? ¿Por qué no hay allí  
ningún chacal?", preguntaron celosos.  
"¡En definitiva, este mundo les pertenece  
a los chacales! ¡Y, sobre todo,  
la luna nos pertenece a nosotros!  
¡Es una desfachatez el que ahora  
nosotros tengamos que contemplar  
el Perro en la Luna en las noches  
de luna llena!".

Cuanto más boquiabiertos miraban a la luna,  
más furiosos se volvían los chacales.

Tremblaban de ira.

Y entonces determinaron  
que, a partir de ahora, no acogerían a perros.  
Algo estaba claro:

los perros no merecían la pena.  
Eran enemigos.

El primero en sufrirlo fue el pequeño  
perro blanco.

Desde esa noche, los chacales inventan  
sus propias historias.

Y siempre aparecen en ellas grandes  
perros blancos, a los que, en noches  
de invierno, obligan a huir y refugiarse  
en la luna.

Pero nosotros, los perros, miramos  
hacia el cielo en las noches de luna llena,  
vemos al Perro en la Luna y  
nos ponemos tristes y lloramos la  
noche entera.

Es una lástima que la pequeña no hable  
suficientemente bien el perruno  
para entender todo lo que digo.  
Cuando he terminado de contar,  
me mira interrogante,  
después se sube al regazo de Friedbert  
y le hace la misma pregunta:  
"¡Papá, quiero saber si los perros pueden  
llorar!".

Friedbert arruga la frente  
y reflexiona.

Tengo mucha curiosidad por su respuesta.  
Nosotros, los perros pastores, estamos  
unánimamente de acuerdo en que

las personas  
no saben mucho del mundo.  
Mi tío Ferenc decía:

tienen una mala nariz, malas orejas,  
andan sobre dos pies  
y sus lenguas son demasiado cortas.  
Si pudieran vigilar ellos mismos a los rebaños,  
jamás nos darían de comer.

¡Como perros, vosotros sois superiores a las

personas, no lo olvidéis!

Me pregunto  
qué sabe Friedbert de nuestros llantos.

Se toma tiempo para su respuesta,  
probablemente sus pensamientos sean también  
más lentos que los nuestros, creo yo.

Misi está acostada sobre el radiador.

Hay tanto silencio

que puedo oír cómo respira.

"Yo sí creo que los perros pueden llorar", dice finalmente Friedbert, "aunque su llanto no es comparable al de las personas.

No tienen lágrimas,  
encogen el rabo, gimen suavemente  
y se esconden.

Un perro triste jamás te traerá

un palo,

no juega, no come,  
su pelo no tiene brillo... En definitiva,  
es la viva imagen de la miseria".

"¿Y cómo sabes tú eso?", pregunta ahora  
la pequeña.

"Bueno, no podrás acordarte", dice

Friedbert, "pero cuando Anton llegó a casa,  
era el perro más triste que jamás  
me he encontrado.

Tienes que saber que procede de Hungría  
y no lo tenía nada fácil.

Lo encontraron en una vieja caja de cartón  
delante de una protectora de animales.

Estaba medio muerto de hambre.

Tenía otros tres hermanos,  
pero para dos de ellos la ayuda llegó  
demasiado tarde. En la protectora, sacaron  
adelante a nuestro Anton.



Lo metieron en una jaula para perros  
huérfanos.

Allí vivía también un viejo perro pastor ciego,  
al que todos llamaban tío Ferenc.

Y nos contaron  
que el tío Ferenc se preocupó conmovedoramente  
de él.

Le daba calor por las noches y lamía  
su vientre  
cuando Anton gemía.

Y, aun así, pasó bastante tiempo hasta  
que Anton recuperó la alegría.

Al principio, era solamente un montoncito  
de miseria, se resguardaba contra la pared  
ante cualquier sombra  
y por las noches gemía y lloraba.  
Lo peor era cuando había luna llena.

Se ponía delante de la ventana,  
miraba hacia la luna y lloraba como un lobo".  
Al oírlo, la pequeña se desliza rápida del regazo  
y viene donde yo estoy, debajo de la mesa.  
Me acaricia.

Tiene unas manos tan suaves y ligeras que se  
deslizan por el pelo como una lengua de perro.

Su boca está cerca de mi oreja  
y, de pronto, susurra:

"Yo sé muy bien por qué has llorado tanto  
cuando había luna llena.

¿Has visto al blanco Perro en la Luna, verdad?".

Asiento silencioso.

Lamo su mano.

No es que quiera quejarme.  
Unas cosas con otras, he tenido suerte.  
¡Amo a esta niña!



## Epílogo

Me llamo Anton y soy un  
perro pastor húngaro.  
Y existo de verdad.  
Lo mismo que la pequeña,  
que se hace cada vez más grande  
y se llama Lili.  
Ahora vivo en Alemania,  
en Münsterland, en un castillo rodeado de agua.  
Yo he tenido mucha suerte.  
Fui salvado por protectores de animales.  
Encontré un hogar  
y la mejor familia del mundo.

Westerwinkel, marzo de 2011



## Índice

<i>Capítulo primero,</i> en el que yo, inicialmente, estoy a gusto tomando el sol.....	5
<i>Capítulo segundo,</i> en el que os presento a mi gente .....	15
<i>Capítulo tercero,</i> en el que la pequeña es la más grande para mí.....	23
<i>Capítulo cuarto,</i> en el que todo está revuelto .....	37
<i>Capítulo quinto,</i> en el que informo sobre las cosas inútiles.....	47
<i>Capítulo sexto,</i> en el que quieren enviarme a la escuela.....	59
<i>Capítulo séptimo,</i> en el que hago progresos.....	67
<i>Capítulo octavo,</i> en el que me convierto en héroe .....	75

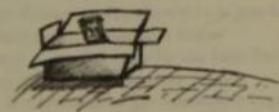
<i>Capítulo noveno,</i> en el que me como un ganso de Navidad entero .....	85
<i>Capítulo décimo,</i> en el que solamente digo la verdad.....	99
Epílogo.....	115

**Jutta Richter** (Burgsteinfurt/Westfalia, 1955). Publicó, siendo todavía una escolar, su primer libro, Estudió en Münster teología católica, germanística y periodismo. Vive en el castillo de Westerwinkel desde 1979, y trabaja como escritora independiente. Su obra ha sido distinguida con varios e importantes premios literarios.

Otros libros de Jutta Richter publicados en Lóguez:

*Todo lo que deseo para ti, El día en el que aprendí a domar arañas* (Premio Alemán al Libro Juvenil),  
*El verano del lucio y Cuando yo hice de María.*

**Hildegard Müller** nació en 1957. Es diseñadora gráfica, ilustradora y autora. Vive entre Maguncia y Loquard. Sus libros ilustrados han recibido importantes premios.



<i>Capítulo noveno,</i> en el que me como un ganso de Navidad entero .....	85
<i>Capítulo décimo,</i> en el que solamente digo la verdad.....	99
Epílogo.....	115

**Jutta Richter** (Burgsteinfurt/Westfalia, 1955). Publicó, siendo todavía una escolar, su primer libro, Estudió en Münster teología católica, germanística y periodismo. Vive en el castillo de Westerwinkel desde 1979, y trabaja como escritora independiente. Su obra ha sido distinguida con varios e importantes premios literarios.

Otros libros de Jutta Richter publicados en Lóguez:

*Todo lo que deseo para ti, El día en el que aprendí a domar arañas* (Premio Alemán al Libro Juvenil),  
*El verano del lucio y Cuando yo hice de María.*

**Hildegard Müller** nació en 1957. Es diseñadora gráfica, ilustradora y autora. Vive entre Maguncia y Loquard. Sus libros ilustrados han recibido importantes premios.



## EL VERANO DEL LUCIO

ISBN: 978-84-89804-88-3



"Todo era como siempre, como si no hubiera sucedido nada". Y, sin embargo, en ese verano todo cambia. Mientras Anna quiere detener el tiempo, Daniel y Lukas intentan capturar al lucio. Y, detrás de las persianas bajadas, se encuentra Gisela, la madre de ambos, en su lecho de enferma. Daniel cree que si capturan al lucio, su madre se pondrá bien. Anna no lo cree, pero Daniel y Lukas son sus amigos.

Jutta Richter narra el último verano de una niña, de la esperanza y de la tristeza, de la amistad y del amor de hermanos, que consuela también allí donde el consuelo es lo más difícil.

## EL DÍA EN EL QUE APRENDÍ A DOMAR ARAÑAS

ISBN: 978-84-89804-37-1



Aguafiestas, así llaman los niños a Rainer. Porque, de alguna manera, es distinto y tiene una extraña familia. Aun así, es Rainer el que siempre está ahí cuando el miedo aparece, cuando la gata del sótano acecha en la oscuridad o cuando la araña gigante espera a sus víctimas desde el techo de la habitación. A él siempre se le ocurre algo: Rainer escucha, ahuyenta a la gata del sótano e incluso sabe cómo se doma a las arañas. Sin embargo, a los demás no les cae bien Rainer y así resulta muy difícil ser amigo suyo. Porque, en realidad, ¿para qué sirve una amistad que solamente trae problemas y hostilidades? Pero, ¿depende de eso? ¿No es mucho más importante que alguien esté ahí cuando se le necesita? Jutta Richter narra, con un lenguaje denso y sugestivo, una historia sobre la exclusión, la amistad y la traición.



...merry little doggo merrily went  
up the garden fence... When I came to it  
and started to laugh like crazy I just  
had to take a picture. It was so funny!

### DOGS ARE FUNNY BUT THEY AREN'T THE ONLY ANIMALS

that sometimes do weird  
and crazy things. There's also  
the cat who likes to climb up  
the window screen and then

try to get down again. I think he's  
kind of afraid of heights. I don't know  
why he does it though. He's a really

cute cat though. I like him.



The New York Public Library



3 3333 61288 0306

[www.nypl.org](http://www.nypl.org)

¿Quién nos contarnos la historia, casi monótona, sobre las relaciones entre los perros y los hombres? En *Yo aquí sólo soy el perro*, el punto de vista se invierte y es el perro quien nos cuenta cómo es esa relación. La fluidez y el ritmo narrativo hacen de esta historia una pequeña pero notable obra de arte.

ISBN 978-84-96646-80-3



9 788496 646803

[www.loguezediciones.es](http://www.loguezediciones.es)